

ESPIRITUALIDAD Y LIBERACIÓN

Para muchos cristianos, la liberación histórica de los pueblos es necesaria y justa; en consecuencia, también lo es la práctica de la liberación. Esta práctica da sentido a su vida y se convierte en la mediación principal de su experiencia creyente. Desde esta práctica releen la Escritura y en ella encuentran la centralidad de la liberación, en la que quedan unificados lo histórico y lo personal, y en la que encuentran dichos cristianos la solución actual a lo que de problema hay o puede haber en su ser hombres, creyentes y cristianos. Pero no ocurre siempre lo mismo con la espiritualidad. Para algunos cristianos comprometidos con la liberación, la espiritualidad es tan necesaria como aquélla; para otros, sin embargo, no lo es tanto sino que sigue siendo vista con recelos y sospechas. En este contexto, el autor presenta la realidad, necesidad e importancia de la espiritualidad unida a la práctica de la liberación.

Espiritualidad y liberación, Sal Térrea, 72 (1984) 139-162

Ante todo quiero hacer cuatro aclaraciones previas:

1) Me voy a concentrar en la espiritualidad; doy por supuestas la necesidad de una liberación histórica que incluye la transformación estructural de sociedades opresoras y la necesidad de una lucha por la justicia. 2) Al concentrarme en la espiritualidad lo hago no de forma genérica, sino en relación con la práctica de la liberación; es decir, la espiritualidad que una práctica de la liberación exige. 3) El tratamiento de la espiritualidad será hecho de forma programática y sintética, intentando descubrir sus últimas raíces y su contenido fundamental. 4) Este análisis de la espiritualidad, aunque expresado en forma conceptual, se hace en base a lo que hacen y dicen los cristianos comprometidos con la liberación en Centroamérica y especialmente en El Salvador, lo cual encuentra también algún paralelismo en lo que hacen y dicen algunos no creyentes.

I. LA ESPIRITUALIDAD Y SU PROBLEMÁTICA

1. Presencia en el origen de los procesos de liberación

En América Latina la espiritualidad ha estado presente en el origen de los procesos de liberación. Detrás de toda praxis eclesial verdadera e innovadora se halla una experiencia religiosa típica (cfr. L. Boff). Ya en los comienzos se dijo que la práctica de la liberación no sólo necesita de categorías teóricas, sino de una actitud vital que informe la totalidad y el detalle de nuestra vida (cfr. G. Gutiérrez). Esta actitud está relacionada históricamente con la práctica de la liberación, con una relación complementaria y respetuosa de ambas dimensiones. Lo que históricamente ha hecho recalcar la necesidad de algo más que la pura práctica es que desde el principio no se ha tratado de una pura práctica de la liberación, sino de la liberación *de los pobres*.

Los pobres no son sólo los beneficiarios de la liberación, sino que son para el creyente el lugar histórico de Dios. Por eso, lo que sustenta una teología y práctica liberadora es una experiencia espiritual de encuentro con el Señor en los pobres (cfr. L. Boff). Pobres, dice, por lo tanto, liberación totalizante, con una práctica llena de espíritu para avanzar hacia la plenitud del reino de Dios. Los pobres deben ser los gestores de su propia liberación. Ello implica el escándalo de que la liberación pasa también por la debilidad.

Creer en el potencial liberador de los pobres y no sólo trabajar para ellos reclama una fe que no genera por necesidad la misma práctica. Esos pobres, por último, deben ser liberados de su pobreza material injusta, pero deben crecer ellos mismos hasta llegar a ser los "pobres con espíritu" (cfr. 1. Ellacuría).

En la teoría teológica latinoamericana, la práctica de la liberación no sólo no excluye otras dimensiones de la existencia humana como experiencia religiosa, actitud vital, espíritu en una palabra, sino que las reclama. Estas realidades entran en la liberación con pleno derecho y con creciente necesidad. En el fondo, creemos, porque los pobres son una realidad que pone en cuestión y moviliza la totalidad del ser hombre y del ser cristiano. Y esto que es verdad en la teoría de la liberación, lo viven en la práctica los sujetos liberadores. Ellos son los que necesitan y producen espiritualidad.

2. Realidad sospechosa

Para otros cristianos, espiritualidad puede ser todavía una realidad sospechosa; ocuparse de ella no parece tener mayor significado, a no ser el de asegurar que no se use de ella alienantemente. Esta actitud puede deberse a varias causas: 1) La espiritualidad no sería más que el reflejo subjetivo de lo que de hecho acaece en la práctica de la liberación; no se necesitaría ningún cultivo de ella. 2) La espiritualidad tiende a poseer su propia autonomía con respecto a la práctica de la liberación, tendencia que lleva a insalvables dualismos y en último término a la alienación. 3) En ambientes más secularizados puede resultar difícil la espiritualidad como explicitación también de la relación personal con Dios. Abordar el tema de la espiritualidad significa abordar en serio la realidad de Dios, como quien es también persona y Padre, configurador de un reino para sus hijos, pero dialogante también con ellos.

3. Posible y positiva

La respuesta a las dificultades no creemos que se da al nivel de la pura aclaración del concepto de espiritualidad, sino en la misma realidad. Si la espiritualidad se da en la práctica de la liberación, es que es posible; si con ella la práctica de la liberación se potencia, es que no es alienante sino positiva; si sin ella la práctica de la liberación degenera, es que es necesaria.

Es importante aclarar qué se entiende y no se entiende por espiritualidad. No entiendo el sustrato genérico de espiritualidades o prácticas espirituales, vistas como mecanismos para la santidad, como si la espiritualidad fuese algo opcional para el hombre y sólo necesaria para avanzar en la perfección. Tampoco entiendo el modo de ponerse directamente en contacto con el mundo espiritual. No entiendo, por último, que la espiritualidad pueda constituirse a sí misma a través de determinados mecanismos para poder ser aplicada después a cualquier situación o práctica del cristiano.

Pero dicho todo esto, no se puede negar que el hombre es también espíritu y que los grupos humanos poseen analógicamente su propio espíritu; que existe el ámbito del espíritu; que la espiritualidad es inherente al hombre. Es cierto que el espíritu del hombre está referido a lo material e histórico, que esto último condiciona su espiritualidad. Pero no es menos cierto que el hombre está referido a ello con libertad y

creatividad, que tiene que configurar lo material e histórico, y que esa configuración no le es dictada mecánicamente por aquello.

Referido a la liberación, esto significa que la liberación ofrece un material y un cauce al espíritu del hombre, que le impone ya la materia sobre la cual debe actuar; pero, por otra parte, que el espíritu del hombre tiene que informar a la liberación, debe proporcionarle una determinada dirección, suministrarle unos contenidos, proporcionar unos valores para promoverla y para que estén presentes en el mismo proyecto de liberación.

4. Necesidad en la práctica de la liberación

Estas afirmaciones a priori se ven constatadas a posteriori en los procesos concretos de liberación. El espíritu es necesario en la práctica de la liberación.

En Centroamérica las condiciones objetivas para originar la práctica de la liberación estaban dadas desde hace tiempo, mientras que las condiciones subjetivas se han dado recientemente. La decisión por la liberación no es algo que se produzca mecánicamente, pues no todos se han decidido por ella. El decidirse es ya un acto del espíritu, así como también el mantenerse en la práctica de la liberación.

Dicha práctica, aunque justa y buena está sometida también a la limitación y pecaminosidad; también está amenazada de generar subproductos negativos que no se remedian desde la misma práctica, sino desde el espíritu. Entre las tentaciones más comunes a esa práctica justa están las siguientes: 1. excesivo protagonismo de un determinado grupo liberador en contra de otros; 2. paulatina suplantación de lo popular por lo organizado, con un distanciamiento del pueblo real; 3. absolutización de un mecanismo de práctica liberadora (social, político o militar), como si de la plenitud de uno de ellos se siguiese automáticamente la plenitud de los otros; 4. manipulación de lo religioso más allá de su legítima utilización, con violentación de la dimensión histórico-religiosa de los pueblos; 5. dogmatismo en análisis, interpretación o constatación de los hechos, de forma que confirmen posturas previas; 6. ambigüedad en el uso del poder, con tendencia innata a la autoafirmación y no al servicio. Evitar estos subproductos negativos en la práctica de la liberación es cosa de mucho espíritu.

El espíritu es también necesario para dar una determinada dirección a la liberación apuntando hacia la liberación integral y total. Esa totalidad significa propiciar valores, como solidaridad, reconciliación, misericordia y también las diversas manifestaciones del espíritu en la creatividad de la cultura, arte, celebración, amistad y amor. Esto significa abrir la liberación a la utopía y a la trascendencia.

5. Eficacia en la práctica de la liberación

Todo esto muestra que el espíritu es necesario para iniciarse en la práctica de la liberación y mantenerse con fidelidad a sus exigencias fundamentales, para superar los inevitables subproductos negativos y mantenerla abierta a la utopía. La realidad muestra que ese espíritu hace más eficaz la práctica de la liberación.

Con esto no se niega que en la liberación existe la exigencia absoluta y urgente a liberar a los pobres socio-económicos y a revolucionar las estructuras socio-económicas, y que tiene un fuerte ingrediente de lucha política. Se afirma simplemente que lo político no lo es todo, que para todo se necesita espíritu.

De esta forma se puede plantear la relación entre práctica y espiritualidad. La liberación necesita de práctica y de espíritu; ambas cosas son complementarias. Espiritualidad sin práctica es alienante; práctica de liberación sin espíritu está amenazada de degeneración y pecado. La práctica da el cauce al espíritu y éste hace que la práctica se mantenga como liberación cada vez más total de los pobres.

La espiritualidad debe ser abordada con una actitud positiva, creyendo que el espíritu evangélico potencia y sana la práctica de la liberación.

II. LA PRÁCTICA DE LA LIBERACIÓN ES NECESARIA E IMPORTANTE PARA LA ESPIRITUALIDAD

La práctica de la liberación es necesaria para la vida cristiana y, por lo tanto, para su espiritualidad. Sin una clara opción por las mayorías pobres, sin un compromiso con su liberación, el amor cristiano no sería hoy posible.

Quiero insistir en la importancia de la práctica de la liberación para que pueda desarrollarse hoy una espiritualidad cristiana fundamental. Quiero afirmar que por su propia naturaleza la práctica de la liberación confronta hoy al cristiano con realidades últimas a las cuales el espíritu debe responder. Por eso se habla de espiritualidad fundamental teologal, aunque sólo se mencione a Dios al final.

Esta ultimidad le viene a la práctica de ser una práctica de liberación de los pobres. A través de ella se le exige al hombre que se defina con respecto a la verdad, amor y esperanza. Si su respuesta es positiva, el hombre deja de ser seguidor de sí mismo para hacerse seguidor de Jesús.

1. Pregunta por la verdad

Los pobres de este mundo son la pregunta más radical por la verdad de este mundo y también la respuesta más correcta a esa pregunta. De ellos se puede decir que tienen una esperanza y que luchan por su liberación. Son en primer lugar pobres, piltrafas y deshechos de la humanidad, crucificados lentamente por las estructuras de este mundo y violentamente cuando las resisten. Ellos muestran que la realidad de este mundo es pecado, que la creación de Dios está amenazada y viciada. Y esto porque son cuantitativamente mayoría y porque cualitativamente su pobreza llega a extremos espantosos de miseria, de tortura y de muerte.

Esta realidad se presenta como pregunta para el hombre, y como pecado que tiende a ocultarse. Exige hacia afuera que sea dicha y denunciada: la denuncia profética; y también es pregunta para el mismo hombre: es la exigencia a la primera gran conversión. Al hombre se le dice que los pobres son producto de las acciones de otros hombres. La frase de Pedro: "Vosotros asesinateis al justo" (Hch 2,23), la frase del

Génesis: "¿Qué has hecho de tu hermano?" (Gn 4,10) son preguntas por la última verdad de uno mismo. Reconocer la verdad de la realidad y la propia verdad es la primera exigencia del espíritu, que los pobres presentan con ineludible claridad.

2. Ubicación del hombre en el mundo

Los pobres plantean al hombre la pregunta por su ubicación en este mundo y por su respuesta a ese mundo. Para conocer la verdadera realidad hay que estar dentro de ella. Esto es algo activo, como Cristo que se hizo carne humana y "siendo rico se hizo pobre" (2 Co 8,9). Encarnarse en lo pobre de este mundo, que eso pobre impregne hábitos y actitudes, dirija el conocimiento y el interés, supone una fundamental decisión del espíritu.

Poca duda cabe de que los pobres, captada su pobreza desde la encarnación entre ellos, reclaman un gran acto de amor hacia ellos, para superar la miseria y opresión. Y este amor ha de ser la lucha por su liberación, que pasa por los niveles más elementales en que se juegan la vida y la muerte de los pobres.

Pero aquí nos interesa recalcar lo que ese amor liberador significa para el mismo hombre que se decide por la liberación. Por el amor el hombre se des-centra, encuentra su realización en la entrega al otro. En la práctica de la liberación se le pregunta al hombre si en verdad es el dolor del otro lo que quiere superar y si es la liberación del otro lo que busca. El pobre de forma eficaz pone al hombre ante la alternativa de elegirse a sí mismo o elegir a otro, de aceptar frases evangélicas como "más feliz es el que da que el que recibe".

Ese olvido propio es exigido porque la liberación de los pobres conlleva amenazas y persecuciones. La muerte y el martirio son realidades con las que tiene que contar un amor liberador. Ser consecuentes es aceptar que para encontrar la vida hay que perderla (Mc 8,35) y que "nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13). La liberación de los pobres exige amor, pero con tal radicalidad que realizarlo es de nuevo cosa del espíritu.

3. Confrontación con la esperanza

Por una parte, las liberaciones históricas que ya se han dado muestran que algún tipo de liberación es posible; pero por otra parte, no todos los procesos de liberación tienen éxito; a niveles socio-económicos no se puede negar que el futuro de la humanidad es sombrío, que no parece que se acerca el reino de Dios, sin mencionar el fantasma de posibles cataclismos nucleares.

¿Tiene entonces sentido la esperanza y de dónde se alimenta? ¿No es mejor abandonarla como ilusión? Creemos que es la práctica de la liberación la que hace que estas preguntas sean radicales y que son los pobres los que mantienen la esperanza: "La esperanza de los pobres no perecerá" (Sal 9,19). Esta se alimenta de triunfos parciales y de solidaridades concretas, pero sus raíces tienen otra savia. Esta es un acto de confianza en la realidad, como confianza en un Dios Padre. Expresiones de esta esperanza son: "Que el reino de Dios se acerca" (Mc 1,14), que "habrá un nuevo cielo y

una nueva tierra" (Ap 21,1). Es el modo que tienen de afirmar que en el fondo de la realidad existe la justicia y la bondad, que a pesar de todo el bien es más originario y poderoso que el mal. Aceptan en su misma realidad que la verdadera salvación pasa también por su propia crucifixión, que quien da verdadera esperanza es el siervo de Jahvé. Esa esperanza de los pobres es una pregunta por la propia esperanza radical de quien se compromete con la liberación.

4. Confrontación con el amor

No se puede contestar a priori por qué se mantiene la esperanza en la práctica de la liberación; pero puede decirse que vive en último término del amor. Quien ama radical y desinteresadamente a los pobres de este mundo, ha hecho algo absolutamente bueno, acogido para siempre por la historia. Quizás desde ahí sólo puede afirmarse una teología negativa de la esperanza, que es mejor sufrir por amor a los pobres que lo contrario. Ponerlo en forma positiva no es fácil: pero siempre ha de ir unida al amor. La resurrección, máximo símbolo de la esperanza cristiana, no dice otra cosa que la supremacía del amor y de la justicia. Quien murió solo y crucificado por amor, hizo lo absolutamente bueno y esto ha sido recogido por Dios para siempre.

La práctica de la liberación confronta al hombre con la esperanza. De los mismos pobres puede aprender que, a pesar de todo, es más juiciosa la esperanza que lo contrario. Si el hombre responde en esperanza está diciendo que el misterio último de la realidad es misterio de bondad y salvación. Enfrentarse así con la realidad es de nuevo un acto del espíritu.

Cuando a esa práctica no se le pone límites, confronta al hombre con realidades sumamente importantes: con el mismo amor, con la verdad y la esperanza. Por ello decimos que exige y propicia una espiritualidad fundamental, porque exige del hombre una honradez fundamental con la realidad, ya que tiene que habérselas con realidades realmente últimas como vida y muerte, justicia e injusticia, el dar la vida a otros y el dar la propia vida. Y desde la ultimidad del otro plantea también su propia ultimidad, el sentido de su propia vida, que descentra verdaderamente al hombre.

El hombre de la práctica de la liberación se hace el hombre de la verdad, el hombre del amor absoluto y desinteresado, el hombre de la esperanza. Teóricamente ese hombre pudiera llegar a serlo a partir de otras prácticas que no fuesen las de la liberación; en la historia actual; sin embargo, sin que exista un núcleo de amor liberador en otras prácticas, difícilmente el hombre llegará a ser un hombre con espíritu; y, positivamente, la práctica de la liberación ha propiciado este tipo de hombres. La honradez con la verdad, la entrega absoluta en el amor, y la esperanza que no muere, son las mediaciones a través de las cuales el hombre accede al misterio último de la realidad. Por ello, a esta espiritualidad fundamental la denominamos teológica.

III. LA ESPIRITUALIDAD ES NECESARIA E IMPORTANTE PARA LA PRÁCTICA DE LA LIBERACIÓN

La práctica de la liberación propicia una espiritualidad fundamental. Lo que queremos añadir ahora es que existen otras actitudes y valores espirituales, que aseguran,

configuran y potencian la espiritualidad fundamental y la práctica de la liberación. Le llamamos talante espiritual y hace que la lucha justa por la liberación sea buena y cada vez más buena, para abrirla cada vez más al reino de Dios y sus valores específicos. Veámoslo de forma programática tal como lo propone Jesús en el sermón del monte, que comienza -y no casualmente- con la bienaventuranza a los pobres.

1. El espíritu de las bienaventuranzas

Los limpios de corazón son los que ven a Dios. Esa limpieza de miras es la que mantiene al hombre abierto a la verdad, sin dominarla, sin engañarse sobre sí mismo ni sobre los procesos de liberación.

Los misericordiosos son los que comienzan y se mantienen en la lucha de la liberación partiendo de un gran acto de misericordia hacia el dolor real de los pobres. Sin duda ese dolor causa indignación y cólera hacia los opresores, como la causó en los profetas y en Jesús. Pero no es la cólera el primer motor de la acción, sino la misericordia de Jesús. La misericordia es la que debe informar incluso la denuncia profética, la cual no es mitigada por aquélla, pero se convierte en gran acto de amor, para los pobres en primer lugar, pues se hace por defenderles, y para los opresores en segundo lugar, como llamada a la conversión.

Los que buscan la paz son aquellos que no han hecho de la lucha un fin último, ni depositan en ella toda su confianza, ni la han convertido en mística; sino los que simultanean la trágica necesidad de la lucha con el ardiente deseo de paz. En lenguaje bíblico, son los que desean sustituir las espadas por los arados; y propiciar que incluso cuando suenan las espadas los arados trabajan la tierra.

Los que saben perdonar son aquellos que no quieren cerrar absolutamente el futuro al adversario. Es la actitud de reconocer en el adversario la posibilidad de humanidad. Históricamente significa la disponibilidad al diálogo, necesario para poner ya grandes o pequeños signos de reconciliación, sin la cual ningún triunfo es duradero y ninguna sociedad se humaniza.

Los pobres, por último, son los que creen que en la debilidad hay también fuerza, que la pobreza es el lugar del espíritu. Los pobres materiales (versión de Lc), llenos de espíritu (versión de Mt), son los que luchan contra una pobreza que es miseria injusta, pero que ven en la pobreza también algo humanizador, porque se opone a la deshumanizante riqueza y al deshumanizador poder. Es una sociedad en la que se supera la miseria, pero en que la austeridad hace que todos puedan compartir y que no se deshumanicen los hombres por el desenfrenado consumismo.

2. La gratuidad

En el NT aparece otro elemento del talante espiritual que impregna las actitudes del sermón del monte: es la gratuidad. Mucho se exige del cristiano en el NT, pero sin embargo se dice que después de haberlo hecho todo no nos consideramos más que como siervos inútiles. Todo el NT está transido de la idea de que la iniciativa de todo lo bueno

tiene su origen en algo y alguien anterior al hombre, algo que se nos ha dado, tanto como don a nosotros como capacitación para que seamos don para los otros.

La lucha por la liberación exige gran entusiasmo, pero la gratuidad prohíbe el fanatismo; la lucha por la liberación es objetivamente justa, pero la gratuidad recuerda que en todos hay limitación y pecado, y que en palabras de González Faus, hay que hacer la revolución como un perdonado. La experiencia de gratuidad supone agradecimiento y la respuesta agradecida potencia al espíritu y a la práctica, pues del agradecimiento brota la generosidad en la entrega, la libertad del espíritu y el gozo de haber encontrado la perla preciosa y el tesoro escondido.

Teológicamente su origen proviene de lo alto, de la bondad del Padre celestial, pero históricamente tiene su mediación en los pobres. Ellos mismos reconocen que algo se les ha dado, que ellos, los que antes no eran, ahora son; que los que no eran pueblo son ahora pueblo y en camino de hacerse pueblo de Dios.

Y esos pobres en su totalidad se han convertido en don y gracia para quienes quieren acompañarlos, defenderlos y luchar junto a ellos. Es muy cierta la afirmación de que los pobres nos evangelizan.

3. Un espíritu desde la realidad

De este talante espiritual -la actitud de las bienaventuranzas y la gratuidad- pudiera decirse que es sublime, pero idealista, tendente a la alienación. Desde la realidad quisiéramos responder que no es idealista porque existe; más aún, su conceptualización ha sido hecha desde la realidad. Es, sí, un ideal, no alcanzable por lo tanto en plenitud, pero fruto y expresión del espíritu.

Tampoco es alienante si surge de, se encarna en y configura la práctica de la liberación. Además, cristianos con ese talante han potenciado los procesos de liberación y así lo reconocen incluso revolucionarios, no creyentes. Ninguna duda cabe de que Mons. Romero, eximio ejemplo de talante y espiritualidad, potenció las prácticas de liberación, denunciando sus fallos y cultivando sus logros. No es infrecuente que grupos revolucionarios pidan de los cristianos simplemente que lo sean y que lo sean de la manera descrita. Porque una revolución necesita espíritu y cuanto más profunda sea y a más ámbitos de la vida se extienda necesita más espíritu.

IV. LA ESPIRITUALIDAD DE LA LIBERACIÓN COMO ACCESO Y ENCUENTRO CON DIOS

Digamos para terminar una palabra sobre la relación entre la espiritualidad descrita y la relación del hombre con Dios. Esa espiritualidad es la realización histórica de la fe como acceso a Dios y como contacto con Dios.

1. La espiritualidad, acceso a Dios

La espiritualidad descrita posee las dos características que, dialécticamente unidas, configuran el acceso del hombre a Dios: el hacerse afines a Dios y el caminar hacia Dios. El hombre de la verdad, del amor y de la esperanza se va haciendo en la historia afín a Dios. Al Dios de la verdad se accede por afinidad reconociendo, sin someterla, la verdad de las cosas, denunciando con claridad el pecado, manteniendo la limpieza de corazón para ver la verdad cambiante de los procesos y proyectos. Al Dios de la creación, de la vida, de la justicia y de la liberación, se accede por afinidad en la práctica de dar vida y propiciar la justicia. Al Dios, Padre bondadoso y misericordioso, con más ternura que una madre, se accede en la compasión y la misericordia. Al Dios encarnado, increíblemente cercano a los pobres y oprimidos en el escándalo de la cruz, se accede por afinidad en la encarnación entre los crucificados de la historia, en la persecución, en la entrega de la propia vida con y por ellos. Al Dios de la esperanza, de la cercanía del reino, de la resurrección, del nuevo cielo y la nueva tierra, se accede por afinidad en la terquedad de la esperanza en, a través y en contra de la historia.

Espiritualidad es afinidad con ese Dios; es la realización de la exigencia fundamental de Jesús: "Sed buenos del todo, como es bueno vuestro Padre del cielo" (Mt 5, 48); "sed generosos como vuestro Padre es generoso" (Lc 6, 36). Espiritualidad como afinidad con Dios es imitar en la historia la santidad de Dios, tal como se ha revelado. Esta es la primera afinidad con Dios propuesta en la escritura: conocer a Dioses practicar el derecho y la justicia hacia el pobre y desvalido.

Esa afinidad no es nunca posesión de Dios, pues éste sigue siendo misterio insondable e inmanipulable. Pero desde la liberación de los pobres ese dejar a Dios ser Dios tiene formas específicas que recalcan lo que hay de caminar y no de posesión.

Hay que caminar hacia Dios porque en la liberación no se da en un momento del camino la reconciliación perfecta entre lucha y paz, justicia y reconciliación, eficacia y gratuidad. Hay que caminar porque no se sabe el día ni la hora de la liberación y porque la liberación supone lucha decidida contra la pobreza opresora y movimiento al empobrecimiento.

Pero además, hay que caminar hacia Dios, porque él mismo nos atrae con la fuerza de la utopía, que se nos presenta como promesa, futuro salvífico, motor desde el futuro para que la historia dé más de sí. La espiritualidad de ese caminar es reproducir en la historia lo que en Dios hay de misterio, lo que en su santidad hay de trascendente, pero no como distanciamiento que separa, sino como ideal que atrae.

2. La espiritualidad, encuentro y relación con Dios

Una espiritualidad que es acceso a Dios posibilita también el encuentro con Dios en la historia, la relación personal con él. Afirmar en la esperanza que en el fondo de la realidad existe la bondad, la justicia, la misericordia y el amor, es una forma de decir que ese fondo de la realidad tiene un carácter personal. Experimentar que ese fondo de la realidad llama individualmente y con una voluntad concreta, de modo que los llamados tienen cada uno un nombre propio y que lo que tienen que hacer lo deben discernir, no simplemente deducir de principios universales, es una experiencia que en

el fondo de la realidad no es sólo la realidad en profundidad, sino la realidad como algo personal, alguien que llama y cuya voluntad concreta hay que descubrir y realizar.

Quizá lo más característico de la espiritualidad descrita para comprender la personalidad de Dios está en la experiencia de que los pobres son también realidades concretas personales, con nombres propios; con sufrimientos y esperanzas generalizables, pero con sufrimientos y esperanzas inintercambiables. El mundo de los pobres está hecho de cada uno de los pobres concretos. Y esa experiencia del hombre concreto es la que sugiere lo concreto de Dios.

Con estas reflexiones no se pretende demostrar la personalidad de Dios, sino apuntar a sus mediaciones desde una espiritualidad de la liberación. De hecho la teología de la liberación habla de encuentro con Dios, y los sujetos liberadores afirman que lo realizan. Ese encuentro con Dios en los pobres tiene muchos elementos: exigencia a la conversión y a la práctica liberadora, al discernimiento de los signos de los tiempos, a un gran amor. Pero también al matiz de encuentro personal. Eso es lo que ocurre en la interioridad del hombre cuando se decide por la liberación, se explicita en la oración personal y comunitaria, se celebra en la liturgia y en las reuniones de comunidades. En el fondo es la síntesis que aparece en el éxodo, profetas y Jesús: que a Dios se le experimenta como iniciador de la liberación, pero también como quien hace una alianza con su pueblo, que llega hasta el corazón del hombre. Liberación dice afinidad y camino a Dios; alianza dice encuentro con Dios.

Hablar de Dios no es fácil. De ese Dios se dice en último término que es Padre, realidad personal en quien se puede confiar y paradigma de bondad para la práctica de la liberación; y de ese Padre se dice que sigue siendo Dios, misterio último, cuya palabra novedosa y creativa hay que escuchar y poner por obra siempre de nuevo, y hacia quien caminamos en la historia, encontrándonos con él, pero sin poderlo poseer.

V. CONCLUSIÓN

Muchas otras cosas pudieran y debieran decirse de la espiritualidad en relación con la liberación.

La conclusión es que liberación y espiritualidad no se excluyen sino que se reclaman mutuamente, como práctica y espíritu. Esa dualidad unificada expresa la totalidad del hombre y corresponde a la totalidad de la realidad, vista desde la revelación; la cual siempre aparece también como dualidad unificada o unidad dual: liberación y alianza en el Exodo, reino de Dios y Dios del reino en Jesús. En la actualidad es lo que ha redescubierto la Iglesia latinoamericana: lucha por la liberación de la pobreza injusta y apertura confiada en Dios. Es lo que se ha impuesto en la vida religiosa: la unificación e inseparabilidad de fe y justicia en las dos últimas Congregaciones Generales de los jesuitas, el anuncio de la buena nueva y el trabajo por la justicia y la paz, en palabras del nuevo General de los dominicos. En el fondo es lo que se afirma en la impresionante síntesis que hace el profeta Miqueas sobre la realidad humana: "Se te ha declarado, oh hombre, lo que es bueno, lo que Jahvé reclama de ti: tan sólo que defiendas el derecho y ames la lealtad, y que camines humildemente con tu Dios" (6,8).

Muchos cristianos han hecho esta síntesis. Terminamos con unas palabras de Mons. Romero, eximio ejemplo de práctica y espíritu, de lucha por la justicia y de fe en Dios. Su ejemplo muestra también que esa síntesis que se hace en lo más profundo de la persona puede expresarse a través de la institución y de la dimensión profesional de la persona; en el caso de Mons. Romero, a través del ministerio episcopal.

La necesidad de la práctica de la justicia le fue absolutamente clara: "Ante un mundo que necesita transformaciones sociales evidentes, ¿cómo no le vamos a pedir a los cristianos que encarnen la justicia del cristianismo, que la vivan en sus hogares y en su vida, que traten de ser agentes de cambio, que traten de ser hombres nuevos?... Nada hay tan importante para la Iglesia como la vida humana... sobre todo de los pobres y oprimidos... Me alegro, hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida por tratar de encarnarse en el interés de los pobres... Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo ...Mi posición de pastor me obliga a ser solidario con todo el que sufre y a apoyar todo esfuerzo por la dignidad de los nombres... Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro".

Nada de eso le separó sino que le acercó inmensamente a Dios: "Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios". Y desde esa práctica y desde esa fe pudo mantener la esperanza de su pueblo: "La necesidad de algo trascendental, de algo que venga de fuera se hace sentir. Y esta Jerusalén destrozada, brillará con la aurora que será el mismo Dios. Dios se encarnará en las entrañas de Jerusalén. ¡Cómo no nos va a llenar de esperanza también, hermanos, cuando miramos que nuestras fuerzas ya no pueden; cuando miramos a la patria como en un callejón sin salida; cuando decimos: aquí la política, la diplomacia no pueden, aquí todo es un destrozo y un desastre, y negarlo es ser loco ¡Es necesaria una salvación trascendente! ¡Sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor!".

"El grito de liberación de este pueblo es un clamor que sube hasta Dios y que ya nada ni nadie lo puede detener".

Condensó: EDUARD POU